

retardado mental; el temor, el miedo y la locura de Pedro; la religiosidad de la abuela.

Sin embargo, del personaje principal, de Sabas, no se da este mundo interior aludido. El novelista ha soslayado su monólogo —común a todos los familiares— y lo ha reemplazado por dos modos de presentación: la relación de los hechos en que participa, en los que aflora su personalidad, su temple; y, por otro lado, las impresiones que los otros entes de ficción van dejando caer lentamente. En suma, cada personaje tiene su propio Sabas que es distinto del que, al final, conforma el lector.

Es aquí, precisamente, donde Pinilla muestra su mayor acierto, porque torna al personaje humanísimo. El lector recrea al personaje y se identifica con él. Consigue el autor rodearlo de una atmósfera densa en la que Sabas alcanza categoría épica. Cosme, uno de sus hijos, al hablar de él, sólo ve al hombre de voluntad: "Es difícil oponerse a lo que propone el padre: mira de una forma que suple a todos los gritos. Además, todos sabemos que es capaz de hacer, y bien, todo lo que nos ordena. Nunca le hemos podido echar nada en cara. Trabaja con la furia de los desesperados, como si no supiese hacer otra cosa en su vida. Y eso es lo que nos derrota: que no le hemos podido echar nunca nada en cara. Es como si se amparase en su trabajo". (34). Sin embargo, lejos está de mostrar al hombre que junto a su hijo menor, a quien llama por el diminutivo familiar Isma, derrama lágrimas de dolor e impotencia. Sabas es un personaje que se nos da a retazos. Las palabras que dirige a Isma, al contemplar el trabajo de las hormigas, son decidoras: "Pondrías una piedra y también la levantarían. Destrozarías a azadonazos su recinto y siempre quedarían algunas para reanudar la misma vida de esfuerzo bien aquí o en otro lugar. Siempre siguen adelante. Tropiezan y se levantan. Están preparadas para vencer todo lo que les pongan por delante. Son invencibles. Han sido creadas con esa consigna y la cumplen" (284). Estas señalan, en último término, la confianza en el ser hombre.

En síntesis, *Las Ciegas Hormigas* es una novela de excepcional calidad, poseedora de una problemática humana bien estructurada y desarrollada. Es grato poder decir esto de una novela española, ya que ella se encuentra, hoy día, en desmedrada posición dentro del conglomerado europeo.

Eduardo Godoy Gallardo.

<https://doi.org/10.29393/At395-32DPEL10032>

El dramatismo en la poesía de Federico García Lorca, de ROQUE ESTEBAN SCARPA. El Espejo de Papel. Cuadernos del Centro de Investigaciones de Literatura Comparada. Universidad de Chile, 1961.

Roque Esteban Scarpa ha vuelto, últimamente, a cultivar el género crítico, con el que se iniciara en las lides literarias por la década del treinta. De su reciente estudio sobre Thomas Mann, elogiado con justicia como el mejor libro chileno de 1961, la prensa nacional y extranjera ha informado ya bastante. Ahora acaba de aparecer *El dramatismo en la poesía de Federico García Lorca*, ensayo de un escaso centenar de páginas, pero de una densidad conceptual, de una hondura de penetración en la sensibilidad del vate granadino y, por cierto, de una galanura de idioma, tales, como no es frecuente hallar.

Más que la cosa habitual y manida en el rubro de los análisis literarios, el opúsculo del profesor Scarpa es vibración cálida, a la vez que interpretación

rigurosa de la obra garcilorquiana, y transmisión fervorosa de sus inquietudes al público lector. No hay aquí la repetición prolija y erudita de datos y fichas que convierten la obra literaria en fría pieza de museo, ni el acucioso recuento estadístico de epítetos, metáforas o metonimias. El camino del maestro es otro: la recreación directa, el perseguir un ensimismamiento con el poeta, el auscultar las secretas inquietudes de su psique, el descorrer de cada palabra el velo que cubre una significación ideológica o ideal, en suma, el descubrir, en el poeta, al hombre, al hombre que sufre, que espera, que anhela, que vive el drama de ser hombre.

Viene a resultar así que Federico no es —por lo menos, en lo sustantivo— ni el renovador del romance, ni un poeta gitano, ni la cabeza del neopopularismo, ni el hombre más representativo de la generación literaria tal o cual, ni siquiera —con Darío y Jiménez— uno de los pies del trípode en que se afirma todo el resto de la lírica peninsular de este siglo. Tales etiquetas —cómodas, pero vagas e inexpresivas: didácticas, pero matadoras de la sensibilidad— no interesan a Scarpa: le molestan y las rehuye. El prefiere, y a fe que está en la buena senda, intentar el buceo de una *filosofía* garcilorquiana, su concepto de la vida y de la muerte, que es, acaso, el gran concepto en que se sintetizan todas las verdaderas filosofías. Y de manera tan magistral lo alcanza, que son muchos los instantes en que, sin perjuicio de su interés apasionante, alzamos un momento la cabeza en la lectura y asociamos... Asociamos, sobre todo, con Unamuno, el existencial filósofo del noventa y ocho, y reparamos cómo sus inquietudes, ¡y a veces sus propias ideas!, palpitan con nueva vida en el poemario de Federico, con expresión de idioma lírico auténtico, con resonar de corazón más que de cátedra, con grito de la sangre y no con laboreo cerebral. Es al servicio de este buceo filosófico, y nada más que de eso, que el maestro intenta la exégesis de figuras y recursos del poeta. ¿Qué significan, en García Lorca, como símbolos estéticos, la luna o los toros? No el exorno romántico o la presencia salvaje de un elemento épico, sino el elemento inerte o bruto sublimado a la categoría de expresión trascendente: dos figuraciones de la luna en la poesía del granadino explica Scarpa en páginas 41 y siguientes, y de ellas resulta que su presencia poética revela, en lo fundamental, "anhelo, momentáneamente triunfador, de lo que aún vive por sobre la muerte que lleva en sí" (pág. 43); y en el toro (páginas 8 y siguientes) es un elemento de transfiguración humana, de heroísmo humano que, por lo mismo, es poético, lo que el ojo aguzado del crítico perfila y afirma.

No son menos felices los hallazgos interpretativos de Scarpa sobre el sentido del sueño, o de una ciudad, o del duende, o de un espejo, en la poesía que está analizando, y de veras que su libro nos sirve igual para apreciar la genuina inspiración del poeta granadino que su propio poder singular de penetración y revitalización. Y si por aquélla comprendemos la juventud espiritual de Federico —adolescente casi, y por momentos infantil por su rica facultad de captar los vínculos esotéricos de las cosas y su convergencia al hombre—, y de ahí su conmoverse ante el dolor, y de ahí su sentido social revolucionario, y de ahí, por fin, su renovación de la corteza misma del decir poético, por la segunda columbramos también, en renovada comprobación, muchas de las flores que brotan y dan fruto en el predio inabarcable e íntimo del juzgador.

No es que nos sorprenda —en modo alguno— el ángulo desde el cual

Scarpa estudia al poeta del "Cante Jondo". Hemos sido sus discípulos y seguimos recibiendo su enseñanza a través de la amistad. Hemos asistido en la Universidad, y de esto ya no pocos años, a ésa su siempre presente primera clase de Literatura General, la que invariablemente se aplaude y en modo alguno se olvida, cuando con persuasiva elocuencia desarrolla ante el estudiante la tesis de todo su curso: "la literatura es una expresión del hombre". Hemos tomado de esa idea, manantial riquísimo, la inspiración para todo nuestro trabajo docente, que se acerca ya al mediodía de la jornada, y nos satisface en plenitud que el maestro haya vuelto hoy a repetirnos su lección.

¿Y por qué García Lorca? Pudo, sin duda, no ser el único. Sobre todo en Espala, donde según el hispanista inglés Aubrey F. G. Bell, "it is always the personal element that counts". Pero es acaso, aquél a propósito de quien ha sido mayor la miopía de la crítica tradicional, puerilmente entretenida en verlo más como poeta de las cosas que como corazón que sangra, o como artífice de las palabras que como nervio que agoniza. Necesitaba García Lorca —ayer; no hoy, que la labor está cumplida— una rehabilitación, una reivindicación, una justa valoración de parte de alguien que llegase sin anteojeras hasta su encuentro. Y es un honor para nosotros que Scarpa haya dado cima a esa empresa, al menos en el aspecto que ahora le atrajo, y que parece no será el último.

Pero entra en juego, también, y esto debe mirarse con todo el valor decisivo que reviste un compromiso personal, que Scarpa se ha impuesto con su característico sentido de la honradez y la disciplina intelectuales. Hace veintisiete años, un joven abandona en Santiago la carrera de Química y Farmacia, cuyos estudios recién concluía —"esas disciplinas manipulantes de sales, ácidos, triacas y venenos", dice el autor en pág. 9— y, sorpresivamente, así al menos para el exterior, iniciaba un idilio de su alma con la de la poesía, devoraba libros de vates apenas conocidos en Chile, tomaba las armas de una oscura pedagogía andante que llaman Pedagogía y publicaba un volumen muy ajeno a las complejas estructuras de aquellas "disciplinas manipulantes". ¿Qué había ocurrido en su interior? Como en el poema de Bécquer, ciertamente en el ángulo de su alma existía el arpa de notas dormidas, del que una mano —no de nieve— había querido extraer los sonos de ajenas pulsaciones. Mas faltaba, por cierto, el estímulo concreto e inmediato que arrancara sus auténticas voces, y ese estímulo lo dieron, desde los polvorientos anaqueles de una vieja librería de Arturo Prat, los versos de Federico García Lorca y Rafael Alberti. Ellos fueron, para Scarpa, los padrinos en el espaldarazo de incorporación a la nueva Orden, y sobre ellos versaron sus primeros estudios, su primera charla, su primera clase, su primer libro. Hoy, en un punto de indudable madurez de su carrera docente y su quehacer literario, el hombre ha querido revisar y completar sus estudios y apreciaciones sobre el García Lorca que animó sus sueños de juventud, y este libro ha brotado esencialmente desde allí.

No nos engañe, pues, aquel sello de "El Espejo de Papel", desde el cual Scarpa publica los trabajos que relativamente le facilita hacer su cargo de Director del Instituto de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile. Su curriculum en estas lides viene de muy atrás, es de mayor hondura y es de auténtica sinceridad. Que lo digan, si no, las persecuciones que por el idilio con lo poético ha debido sufrir, como nos lo relata en las propias páginas de este libro, con una ironía que imaginamos saber

de dónde le viene. Y cuando desaparecen aquéllas surgen las de las antípodas como si en él se quisiera confirmar la advertencia del romance, "mis arreos son las armas, mi descanso, el pelear". Al fin, caballero andante, está en su sino.

Queremos celebrar, porque merecen serlo las páginas primeras y finales, las que enlazan la doctrina de su enseñanza a la experiencia de su propio existir. Habrán de tomarse en cuenta, cuando corresponda, para trazar su auténtico perfil, pero deben ser valorizadas desde luego, como premisas que ya se hacen indispensables para apreciar su calidad. Como García Lorca, hay un drama en la predilección de Scarpa por la poesía, un drama tanto más noble cuanto voluntariamente querido, y ese drama es acreedor a nuestro respeto desde dentro. Acaso, porque entre nosotros no se prepara todavía para estas cosas, su libro no tenga aquí la repercusión inmediata que su calidad debiera asegurarle, y sea preciso, como en el *Thomas Mann*, que lleguen desde el extranjero las voces de la alabanza más elocuente, pero ¡también en esto! él es un llamado de conciencia: que alguna vez la tribuna que enseña las Letras pase de los bibliómanos fríos que adoran a la diosa Memoria, a los hombres que reconocen su estirpe de seres dotados de un destello divino de inteligencia, y la saben usar de vehículo hacia las almas.

Ernesto Livacic Gazzano.

Bosquejos y Perfiles, de CARLOS ORREGO BARROS,
Editorial Andrés Bello, 1961

Bajo el sugestivo título de *Bosquejos y perfiles*, el distinguido escritor don Carlos Orrego Barros nos da a conocer diez semblanzas de hombres ilustres que se distinguieron en la política, el foro, la ciencia, el clero, las artes y las letras. Así van apareciendo las figuras de don Ramón Barros Luco, don Crescente Errázuriz, don Isidoro Errázuriz, don Carlos Walker Martínez, don Guillermo Blest Gana, don Eduardo de la Barra, don Pedro Lira, don Manuel Barros Borgoño, don Juan Agustín Barriga y don Miguel Cruchaga Tocornal. A todos ellos el señor Orrego Barros los conoció personalmente y a fondo, por lo cual en su libro abundan las anécdotas y los detalles poco divulgados, que permiten configurar breves estudios biográficos, notables por el interés y la amenidad que su autor ha sabido infundirles.

El señor Orrego Barros, que anteriormente había publicado libros de viajes y de erudición, nos sorprende en esta nueva obra con un conjunto de interesantes recuerdos, muchos de los cuales contribuirán a rescatar del olvido a personajes que brillaron en diversos campos de la actividad humana y cuyos rasgos el paso inevitable de los años ha contribuido a tornar borrosos e imprecisos. Con tan meritoria labor el señor Orrego Barros, hijo a su vez de dos grandes escritores —el Dr. Augusto Orrego Luco y la señora Martina Barros de Orrego—, presta un servicio de primer orden a la literatura chilena, al permitir el acceso a fuentes de pocos conocidas, pues al transcribir por escrito sus recuerdos e impresiones sobre un conjunto tan selecto de personalidades, el conocimiento integral de ellas, más humanizado e íntimo, se hace factible en alto grado, en vista del subido valor de sus informaciones.

La semblanza de don Ramón Barros Luco es interesante, pues el otro lado de la medalla de aquel respetable estadista aquí se presenta con todos los atributos del caso. Erradamente se creía al señor Barros Luco un individuo